



Álvaro Pombo

Donde las mujeres



DESTINO

Donde las mujeres

Álvaro Pombo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1342

© Álvaro Pombo, 1996

© 2015, Grupo Editorial Planeta, S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta

Independencia 1682 81100 C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Reimpresión de Ediciones Destino España (2015)

Ediciones Destino es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: 1996

Primera edición en Ediciones Destino: octubre de 2015

ISBN: 978-84-233-4988-3

Depósito legal: B. 21.041 -2015

Impreso por: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—¡No se la puede tomar en serio a Nines! Que lo que tenga sea un padecimiento no se lo discuto yo ni nadie. Una enfermedad es lo que no.

—¡Estaba muy enamorada, viene a ser como una enfermedad...! —comentó mi madre desde el otro extremo de la mesa del comedor donde tomábamos el té toda la familia.

—¿Y qué? ¿Qué tendrá que ver el amor con no comer? Nines lo que es, es una abúlica completa. Dime, de amor, que tú conozcas, cuántas han dejado de comer. ¡Ninguna! —aseguró tía Lucía respondiéndose a sí misma.

Violeta y yo nos miramos, horrorizadas y encantadas del giro tempestuoso que empezaban ya a adquirir las frases de tía Lucía. Erguida en su silla, sin apoyar la espalda en el respaldo, abría los grandes ojos azules encolerizada por la ligera oposición que parecía ofrecer mi madre.

—¡Lucía, el huevo! Tómate el huevo, que luego, frío, te sienta como un tiro.

Pero tía Lucía no estaba en ese instante interesa-

da en la temperatura de sus alimentos. Se limitó por eso a dar un fuerte golpe al huevo con su elegante cucharita de marfil. Nadie hubiera sido capaz de impedir que tía Lucía dijera lo que quería decir sobre tía Nines.

—Lo que pasa es que Nines se ha empeñado en no sobreponerse, y no se sobrepone aunque la mates. No hay médico que valga, ni enfermera ni monja ni persona que pueda con una voluntad como la suya. ¡Ha decidido que se muere de hambre y ahí la tienes, por debajo ya de los cuarenta kilos, como Gandhi!

Violeta y yo volvimos a mirarnos. La tormenta iba cada vez a peor y a peor. Con voz reposada —una voz calculada para impacientar a tía Lucía, que era la mayor de las hermanas, después venía mi madre y después tía Nines— declaró mi madre:

—Es muy injusto y muy absurdo eso que dices. Tú sabes todo cómo fue. No me refiero sólo a la desgracia. Me refiero a todo, pobrecilla Nines. La vida suya cómo era y cómo es. No es que se quiera morir de hambre. Ni morirse. Lo que no quiere es vivir más, que es muy distinto.

Un gran silencio planeó sobre la mantelería de hilo color crudo y la elegante vajilla de mi abuela. Violeta y yo nos encogimos y contemplamos fijamente nuestros platos. Ni la discusión ni la emoción eran nuevas. No hacía falta que lo fueran para ser increíblemente fascinantes. La palabra «justicia» llevó la atención de tía Lucía hacia territorios de gran profundidad y nerviosismo. La supuesta injusticia cometida con tía Nines quedó incluida y supe-

rada por la idea de justicia en general, que tía Lucía exponía en ese instante. El equilibrio correspondiente a la balanza de la justicia acabó trastornándose del todo, junto con la cucharita y el platito y la taza de té, que bailoteaban desencajadas en la mano izquierda de tía Lucía. Nunca se caían, a pesar de estar con frecuencia a punto de caerse, cosa que hubiéramos todas nosotras preferido: desplomarnos. Y descansar en paz hechas añicos junto con la vajilla y la justicia, en el mantel encharcado de té, sin el más mínimo estilo. Pero el estilo no faltaba nunca: como si tuviese tía Lucía un imán en la yema misma de los cinco dedos de la mano izquierda, con su contrapartida proporcional de acero o de metal en la cuchara, en el plato y en la taza, que permitía un gran desequilibrio en el interior del elegantísimo equilibrio de tía Lucía, su voz y sus modales.

Era noviembre. Tía Nines ya no vivía en casa. Por consejo médico se la llevó tía Lucía a las Adoradoras de Letona, que en el mismo convento, en toda un ala, tenían cuartos, cada uno con su espejo y su lavabo individual, donde hacían por Cuaresma las damas de Letona ejercicios espirituales internas en tandas de tres días, y que durante todo el año alquilaban las monjas a personas mayores que no se podían ya valer o a enfermas, como tía Nines, de los nervios, que había que vigilar discretamente, sin ofenderlas ni perderlas de vista, porque no estaban aún completamente locas.

Era notable que ahora que tía Nines se había ido hablábamos de ella sin parar. Nunca lo hicimos

mientras vivía con nosotros. La decisión de trasladar a tía Nines a las Adoratrices no fue, según mi madre, nada fácil de tomar: tuvieron que reunirse tía Lucía y mi madre, el doctor Mazarín y su ayudante para sopesar bien los pros y contras que el traslado conllevaba. Tía Nines misma no tomó parte en los debates, ni, por lo que parece, tampoco en la decisión. Se limitó a decir: «Me parecerá muy bien cualquier cosa que vosotras decidáis». Una salida ésta, en opinión de tía Lucía, completamente abúlica, aunque de sobra suficiente para dar a entender que se iba de casa por su propio pie, sin que nadie la echara, y que se instalaba en las Adoratrices por su propia voluntad y sin que nadie se propusiera aislarla expresamente. Una vez en el convento, fue tía Nines poco a poco dejando de comer y de interesarse por la vida en general. En noviembre se habló de la terquedad de tía Nines, tarde tras tarde, durante todo el té e incluso después. Tía Lucía llevaba todo el peso de la conversación, dando la impresión en ocasiones de que no sólo hablaba con nosotros sino ya de paso a una multitud agolpada en un gran teatro, que requería explicaciones claras y precisas, pronunciadas en voz un par de octavas más alta de lo que se acostumbra en las casas a la hora de tomar el té. El doctor Mazarín y su ayudante fueron calificados de eminentes e imbéciles, incluso en ocasiones a la vez, todo a lo largo de diciembre y de enero. El doctor Mazarín llegó a ser, a ojos de tía Lucía, un perfecto incompetente, a mediados de marzo, incapaz de separar los cuerpos de las almas. Y el responsable, por lo tanto, al cabo

de aquel año, de impedir que se matase lentamente tía Nines a consecuencia de la desesperación, la depresión y quizá el deseo de unirse allá en la muerte con el único novio que tuvo y que perdió, Indalecio. Tía Lucía siempre enfatizaba —y mi madre asentía discretamente a esto— que no estaba tía Nines loca, sino tan cuerda como cualquiera de nosotros. Y la prueba estaba en que, cuando la encontraron sin vida una mañana, tenía abiertos y elocuentes sus dos ojos, tenazmente clavados en el cielo raso de su habitación con lavabo individual, con un aire de paz y confianza en lo que la esperaba en la otra vida.

En esta vida, en cambio, no esperó tía Nines gran cosa. Y por eso se llevó la gran sorpresa cuando, sin esperarla, se le vino encima la oportunidad de ser feliz. Había transcurrido su vida lentamente hasta que Indalecio apareció. Se enamoraron, iban a casarse, fue visto y no visto. Y repentinamente se acabó.

Violeta y yo lo hablábamos todo en el dormitorio hasta las tantas sin encontrar la solución: que hubiera una solución y que hubiera que encontrarla a aquellas alturas del trágico suceso, con tía Nines instalada en las Adoratrices, no era una actitud que compartíamos Violeta y yo. Hablar de tía Nines parecía no tener para Violeta más finalidad que el hablar mismo. En cambio yo —quizá por ser dos años mayor— hablaba para modificar la triste situación. Pero era triste justo porque no podía modificarse, y por eso se habló de ello tanto aquel invierno: porque, al hablarlo, lo triste, más que entristecer, ennoblecía, embellecía la propia situación. Era todo ello estimu-

lante a fuerza de ser triste no sólo en líneas generales sino también detalle por detalle: así, era tristísimo en concreto que ni siquiera fuese tía Nines hermana de mi madre y tía Lucía, hija de mi abuela y de mi abuelo como ellas. Era hermanastra nada más, hija de mi abuelo y la persona cuyo piso utilizaba en sus viajes a Madrid. A raíz del accidente de Indalecio, Violeta y yo supimos este dato, ignorado hasta entonces porque desde mucho antes de que empezaran a fijarse mis recuerdos, siempre llamamos tía Nines a tía Nines y siempre vivió en casa.

En la sala hay una foto donde están las tres, sentadas en la terraza de delante con la abuela, que se puso de perfil para subrayar su perfil griego. Tía Nines sobresale un poco entre sus dos hermanas, es algo más alta —es una foto antigua—, peinada de otro modo, vestida de otro modo, más severamente, como si fuera la mayor, siendo sin embargo la más pequeña de las tres.

¡Cómo corría Indalecio por la playa! Encantó a todo el mundo aquel verano. También a nosotras dos, que íbamos corriendo nada más verle de lejos bajar cada mañana a la playa, con el pretexto de preguntarle qué hora era, sólo por oírle decir: «¿Os vais ya a casa?». Era emocionante contestar casi a coro: «Todavía no porque aún es pronto, solemos irnos a las tres». E Indalecio nos llevaba de la mano, una a cada lado, colgando, rozando la arena sólo con un pie, cosa que le servía de pretexto para acercarse a nuestro toldo y llevarse a tía Nines de paseo, playa abajo, hasta el morro donde acaba el arenal y son las

rocas grandes. Volvían despacísimo después, los dos mirando fijamente al suelo, los dos los pasos dándolos a un tiempo. Era emocionante verles irse y dejar de verles y volver a verles, retrasándose a ojos vistas hasta las tres pasadas.

Indalecio era un buen chico, era invencible: sólo el mar pudo con él. El mar traiciona siempre, no hay mar fácil. Indalecio se ahogó por no tenerlo en cuenta, por dejarse contagiar de las ocurrencias que saca el mar a relucir y que no parecen ocurrencias del mar sino del hombre. Cuanto más inflamado y verdoso, cuanto más locuaz parece, más mudo se vuelve y más mortal una vez dentro. Indalecio conocía el mar muy bien y de nada le valió. Tenía un balandro blanco con el foque rojo vivo para que, por lejos que se fuese, regateando, se le pudiese distinguir a simple vista de todos los demás desde el mirador de nuestra casa: dando largas cambiadas para aprovechar mejor el viento, el firmamento, la regata, la luz azul de la alta mar y del verano, la aventura. Pero Indalecio era menor que el mar, se ahogó por eso. A pesar del encanto que tenía, su seriedad sin pretensiones. A pesar de sus brazos largos y sus manos grandes, sus muñecas cuadradas de remar. A pesar de su reloj de esfera negra, inoxidable y resistente al agua, que se ahogó con él pero que, a diferencia de Indalecio, no volvió a la superficie. Bajo el cristal empañado, las agujas recorren las horas en el fondo, resistiendo al agua todavía. Dio la casualidad de que tía Nines no estaba en casa cuando el accidente. La informó mi madre por teléfono. Una noticia así es

casi imposible darla bien. Mi madre la dio con sequedad. Debió de ser para tía Nines más terrible que lo más terrible, como se vio después en la dejadez y la desgana de vivir que se le pegó al paladar como una lapa hasta matarla.

Aquel invierno fue más invierno que ningún invierno. Nadie recordaba otro peor, ni en San Román ni en los otros pueblos pesqueros de esa parte de la costa. Al colegio se dejó de ir el cuatro de diciembre por la tarde, un lunes, porque mi madre dijo que mejor que en casa en ningún sitio. Que fuera imposible ir al colegio era una imposibilidad maravillosa: con tía Lucía instalada ya en su torreón, con el temporal aquel que no amainaba, con el mar desbravando, a la marea alta, la energía sobrante del oleaje en la dársena y contra el puentecito que une nuestra parte de la costa, que viene a ser como una isla; figura como península en los mapas —aunque en los mapas no se llama La Maraña—, pero en realidad es una isla, con un istmo de menos de dos kilómetros de ancho, un arenal de arenas rebarridas por el oleaje y el nordeste, sujetas por un roquedo semioculto y los escobajos y las malas hierbas de las dunas. Figurar como península en los mapas era desagradable, aunque infinitamente superior a vivir como las otras niñas, tierra adentro. En la isla, pues, en La Maraña, sólo vivíamos nosotras, en dos casas: la nuestra —la más próxima al puente, un chalet de dos pisos rodeado de un jardín pequeño y un seto de aligustres agu-

jereados, que eran, de pequeñas, puertas secretas para salir y entrar— y la gran casa, frente a nosotros, de tía Lucía, muchísimo mayor que la nuestra, con un torreón adosado a la casa y todo un parque rodeado por un muro de albañilería y un obelisco justo en medio. Desde el puente de nuestra casa sólo se veía un lado del tejado de pizarra. El torreón, en cambio, y las buhardillas del caserón de tía Lucía campeaban en lo más alto de la isla frente al canoso cielo del invierno como un faro sin luz que despuntaba sombrío sobre el mar, inútil y amenazador, como la torre del homenaje de un castillo. Cada año, al amanecer el día de Año Nuevo, encendía tía Lucía en un bidón de chapapote una fogata en lo alto del torreón, que iluminaba todo el fosco cielo dubitativo con sus incomprensibles caprichosas llamara-das incisivas. Tía Lucía era un acontecimiento por sí sola. Era imposible escucharla y no discutir después en el dormitorio Violeta y yo lo que decía y lo que hacía. Su llegada anual, a principios de octubre, era una festividad regocijante que recorría de punta a punta, como un fuerte vendaval, el otoño entero y el invierno entero hasta mediados de abril o hasta finales. «¡No me cogerá la primavera aquí, es que ni muerta!», solía decir tía Lucía. Y era verdad, porque tan pronto como empezaba el aire ya a notarse remolón y el sol tardaba en irse y empezábamos a quitarnos los jerseys, le entraba el hormigueo a tía Lucía y se iba a Islandia, a Reikiavik, donde tenía, en las afueras, Tom Bilffinger un chalet construido sólo con troncos embreados y maderas, como construyen

en Islandia, por el frío. Tom era esencial para el glamour de tía Lucía: un pretendiente altoalemán de tía Lucía, de familia rica, noble y protestante, con quien tía Lucía jamás quiso casarse, ni él tampoco se casó con otra, con la esperanza tal vez de que amainase de vieja la férrea voluntad de tía Lucía y poderse casar por lo civil al menos.

De pequeñas nos chocaba que tía Lucía no viviese todo el año en su casa del torreón, cara al mar, con sus grandes árboles y los paseos de grava del parque entero, diseñado a imitación de los jardines románticos ingleses por el propio Tom Bilffinger, según creo.

—¿Por qué no se queda tía Lucía todo el verano, con lo bonito que es aquí el verano? —le preguntábamos Violeta o yo a mi madre cada vez que tía Lucía se iba.

—Porque tía Lucía es una presumida y no quiere que el cutis se le estropee ni una pizca. En el norte, por lo visto, con la humedad y con las nieblas, el cutis se le esponja, eternamente joven, ya la veis.

—Pues si es presumida es que es estúpida —declaró Violeta en cierta ocasión—. Lo ha dicho la madre María Engracia, que todas las presumidas son estúpidas y que además acaban siempre peor que mal. Ésa es la experiencia que ella tiene, y ya es mayor.

—¡Qué sabrá esa monja! —contestó mi madre—. Si lo de estúpida lo dijo en concreto por tu tía, se equivoca. Y si lo dijo en general por las mujeres, no sé ni en qué concepto ya tenerla.

—Pues debió de ser por tía Lucía —contestó Violeta—, porque cuando lo dijo me miraba fijamente a mí.

—¡Eso es por lo de siempre! —exclamó mi madre—. Por la rabia que se nos tiene en San Román, a la familia nuestra y a nosotras, las monjas y los curas más que nadie. Porque no vamos a misa. Y la fama de ateo de tu abuelo... Nosotros somos águilas, de siempre, y las monjas son aves de corral. Por eso rezan para todo, hasta a San Antonio cuando se les pierden las horquillas. Porque son incapaces de valerse, como nosotras, por sí solas. Nos envidian porque no son nadie. Mientras que nosotros, sólo con ser, ya relucimos como arcángeles, como relucía Luzbel, ¿no os enseñan eso en religión?

Las dos reconocimos que eso sí nos lo enseñaban en religión y en la capilla, lo de Luzbel, que perdió el amor de Dios por su soberbia. El arcángel más bello que existía. Y sólo con mirarlas a las dos, a tía Lucía y a mi madre, se comprendía de sobra lo que pensó Luzbel y lo que Dios pensó al arrojarle a los infiernos: que resplandecía demasiado, como resplandecían ellas y por extensión también nosotras dos y nuestro hermano pequeño, Fernandito, y toda entera la isla de La Maraña, donde transcurrió nuestra niñez y nuestra juventud.

La desgracia de tía Nines contuvo para mí mucho más significado del que era capaz de expresar verbalmente a los catorce. Decía entre mí: «Es una tra-

gedia», sin saber cómo esa palabra podía aplicarse a dos acontecimientos tan distintos como eran el ahogarse Indalecio —un accidente— y el perder en poco más de un año tía Nines las ganas de comer, de cuidarse, de vivir —esto no era un accidente, sino más bien al revés: el resultado de una decisión, sólo que hecha casi toda de omisiones y de negaciones—. Era una misma tragedia, pero la incomprendibilidad, la inexpresabilidad, no vinieron por el accidente sino, durante todo un año, por virtud de una decisión.

Se la llevaron en taxi. Un taxi de Letona y no de San Román. Yo sabía que se la llevaban aquel día y estuve pendiente en la ventana del pasillo, vi llegar el taxi traqueteando, y vi cómo se bajaba el doctor Mazarín, que venía sentado junto al chófer. Vi salir a tía Nines entre mi madre y tía Lucía como si se la llevaran presa entre las dos. Vista la escena desde arriba, a la luz grisácea del amanecer otoñal en La Maraña, parecía un final de cine mudo, el doctor Mazarín era el verdugo y tía Lucía y mi madre dos jefes de alta graduación o dos fiscales que lo tienen todo claro y se limitan a cumplir sus órdenes. Sentía los pies fríos y una intensa curiosidad. Sentía al mismo tiempo la sensación de no estar sintiendo yo lo que debía, o quizá un ambiguo sentimiento de culpabilidad por limitarme a observar aquella escena desde la ventana en lugar de bajar corriendo a despedirme de tía Nines con un beso. Se fue sin despedirse de nosotros. La dejamos que se fuera sin decirle adiós, como se iban de casa a esas mismas horas casi siempre las añas, las cocineras, las doncellas, a

quienes de pronto parecía que dejábamos de amar al irse. Por eso, quizá, por no haberme despedido de tía Nines, hablábamos de tía Nines Violeta y yo casi todas las tardes. Al principio yo la echaba en falta a la hora del té, su silla y su sitio vacíos recordaban a la tía Nines de antes de Indalecio, laboriosa, confusamente parecida a Fräulein Hannah, la institutriz de Fernandito. Nos llevaba de paseo tía Nines, bajaba con Violeta y conmigo los peores días de borrasca, con la veloz lluvia oblicua contra los impermeables y el ventarrón feroz que daba la vuelta a los paraguas. Veía su sitio vacío y recordaba en vano —como quien recuerda el total de una suma, la cifra, olvidados los sumandos— cómo se quedaba tía Nines con nosotras tardes enteras los domingos jugando a la brisca o a la oca o al parchís, esos tres juegos Violeta y yo los aprendimos con tía Nines. Daba pena recordarla. Una tristeza, sin embargo, que no me entristecía —ésa era la turbiedad, la incomprendibilidad, la rareza.

A los catorce años, los significados de mis experiencias aparecían y desaparecían como fogonazos instantáneos, eran explosiones que era yo incapaz de concordar con el resto de mi vida. Así, a los pocos días del accidente de Indalecio (tía Nines todavía estaba en casa, encerrada en su cuarto, Manuela o cualquiera de nosotras le subía las comidas que probaba apenas, sólo parecían gustarle, únicamente, los purés y las sopas de arroz o de fideos, o un tazón del caldo del cocido) acabábamos Violeta y yo de volver del colegio y estábamos las dos en nuestro cuarto arreglándonos para ba-

jar al té. Iba a ser un té especial porque había una visita: tres señoras que quizá tuvieran la edad de tía Lucía o de mi madre, pero que, a simple vista, parecían mayores, enseñoradas, encorsetadas, pausadas. Las habíamos visto sentadas en la sala con mi madre. La mayor era una rubia que Violeta dijo que era presidenta de la Acción Católica, las otras dos, de menos graduación y quizá edad, no se sabía quiénes eran. Violeta se estaba mirando en el espejo, alisando los pliegues de su falda plisada azul oscuro del uniforme de domingos y festivos. Yo estaba sentada en la cama dándole brillo a los zapatos de las dos. Y Violeta dijo:

—¿No se te hace raro a ti, a mí se me hace, no ponernos hoy nada de luto? La visita que hay es de cumplido...

—Si lo dices por Indalecio, es una tontería, porque no era nada nuestro.

—¿Cómo que no era nada nuestro? Algo tenía que ser forzosamente siendo novio de tía Nines. Era novio antes de ahogarse.

—No eran casi novios todavía, ¿sabes? y al ahogarse Indalecio ya no son ni novios —declaré yo solemnemente, y de inmediato sentí una punzada de confusa inculpación. Me sentí cruel por hablar de ese modo con Violeta. Era muy desagradable sentirse cruel: me miré al espejo y se veía la crueldad en mis curvos labios. No había empezado yo después de todo, fue Violeta quien empezó con lo del luto. Por eso dije—: No debieras de haberlo dicho, lo del luto, no debieras de haberlo ni pensado, es como reírnos de tía Nines.

Violeta se había acercado mientras yo hablaba y me contemplaba sorprendida.

—Pero ¿qué dices? Tía Nines no tiene que ver nada. Lo del luto lo he dicho porque me encantaría ir de negro por las tardes, un traje liso negro y sólo un collar de plata austriaca con esmaltes rusos color fresa. Tía Lucía dice siempre que el negro favorece a las personas de complexión como la nuestra, con los huesos suyos de la cara, como si se hubiera dado siempre algo de laca, blanca.

¡Tía Lucía estaba en todo! No podía no reconocerlo oyendo hablar a Violeta del traje negro que le gustaría ponerse por las tardes, sintiendo tanto como sentía en mí misma la persuasión de idéntica influencia. Mientras bajaba la escalera, pensé, sin embargo, en algo que tía Lucía no hubiera pensado: en la doblez con que había yo dirigido, instintivamente, el desagrado de sentirme cruel hacia Violeta: ser inocente a todo trance, verme libre de culpa a cualquier precio. Entré en la sala detrás de Violeta, no sabiendo ni calificar lo que acababa de sentir hablando con ella, ni lo que sentía en ese mismo instante. Ver a la visita, sólo verla, dando conversación premiosamente a tía Lucía y a mi madre, que se limitaban a sonreír y a intercalar de vez en cuando un par de palabritas, me borró cualquier remordimiento y lo redujo todo a un solemne regocijo: aquella comicidad objetiva que casi cualquier visita, de las pocas que teníamos, tenía para mí a los catorce años. Era divertido ir saludándolas a las tres una por una, y sentarse luego frente a la visita en un reposapiés, po-

niendo cara seria, fingiendo que tomábamos en serio lo que se decía en vez de limitarnos a observarlas para reírnos después Violeta y yo en el dormitorio, imitándolas. Intercalaban: «¡Nines, pobrecilla!», rítmicamente, cada cuatro frases. O bien intercataban: «Indalecio, que en paz descanse», para amenizar un poco —eso parecía— sus tres monótonos monólogos. No se parecían a nosotras, eran aves de corral, por eso daban risa. Era natural —pensé de pronto— que se hubiese mi madre retirado a vivir solitaria en La Maraña cuando nosotras éramos pequeñas: se vino aquí a vivir para librarse de los cacareos de aquellas aves de corral. «Mejor solas que mal acompañadas», me dije a mí misma. Y me recorrió un solemne escalofrío de cálida grandeza, como un trago de orujo en la garganta, el esófago, el alma: era fascinante aquel ser visitadas contadas veces, como se visita a las reinas madres, por gallinas cluecas engordadas, ataviadas a este efecto, como princesas, como reinas al ponerse los guantes, pensé que las tres habrían precipitadamente cosido el descosido de una punta del dedo, a nosotras sólo se nos ve en ocasiones señaladas —me dije, entusiasmada—. Con ocasión de un funeral o de una boda o de un Tedeum para celebrar la victoria de los nacionales. Nunca se nos veía, sólo nos veían alguna que otra vez, nunca muy de cerca, sólo con motivo de una festividad o de un desfile, a distancia... ¡Aquella gratificante ensoñación me entretuvo aquella tarde como muchas otras! Pensé que todo era verdad: la prueba estaba en que el día del funeral por el eterno descanso de Indale-

cio, cuando mi madre y tía Lucía —y detrás nosotras dos— se acercaron después de los responsos a dar el pésame a la madre y demás familia de Indalecio, todos ellos se levantaron a la vez, una veintena debían de ser, porque ocupaban enteros los dos primeros bancos, y se acercaron a nosotros como si las dolientes fuésemos nosotras y a nosotras cuatro nos correspondiera en rigor, y no a ellos, presidir el duelo.

La noche entraba cuando se fueron las visitas, embauladas en el taxi que subió a recogerlas, las tres atrás como peponas. El taxi fue bajando lentamente achaparrado atrás por el peso de las tres señoras. En la carreterilla que separaba nuestro chalet del chalet de tía Lucía estábamos de pie las cuatro aquel atardecer amarillento e íntimo, como los grabados de ciudades europeas que tía Lucía había colgado en la escalera. A través del seto las luces de la sala agrandaban nuestra casa, que desde ahí, oscura, me pareció una gran morada antigua. La planta central de un regimiento destacado en La Maraña. Velozmente se acumularon en mi cabeza estampas de salas de banderas del ejército inglés luchando contra el ejército francés en Canadá. Y nuestra isla estaba en el Ontario Lake, que recorrieron en lancha rápida, por cierto, tía Lucía y Tom Bilffinger. Era la niebla del mar, era la niebla húmeda del mar alterada por el viento, como los arbustos y los árboles inconscientemente significativos, oscuros, como los impulsos de mi corazón, tan infantil todavía. A través de la niebla que giraba,

que se densificaba o ahilaba a nuestra espalda, se alzaba el torreón de tía Lucía contra el mar, sin ninguna luz, ni siquiera el farolito de la entrada.

Llegaba hasta nosotras cuatro el golpe acompasado, sofocado, como una gesticulación del invisible energúmeno oceánico. Marea alta inflamando como tambores los cuévanos de la base del acantilado, cuyos retumbos llegaban hasta nosotras, anegadas gargantas de la costa de La Maraña. Pensé en la espuma que blanqueaba y bullía sobre las rocas afiladas al pie de los farallones. Como el recuerdo de la inevitabilidad y de la muerte, que sacó a Indalecio, de un golpe, de este mundo. Como la locura o la manía que sacó de golpe a tía Nines de su sensatez y de su quicio. Así el acompasado borbotón del oleaje contra el acantilado. Aquella noche me sorprendió la cercanía del retumbo que subrayó nuestro silencio sobrecogido, hasta que nos echamos a correr de vuelta a casa las cuatro. El final de la tarde fue tan divertido, tantas risas por todo.

Una vez acostadas ya Violeta y yo, dejé de reírme, bruscamente, para redondear lo que había empezado antes de bajar a la visita.

—No está nada bien que nos riamos tanto, Violeta. Es todo muy triste, muy tristísimo. Piensa en tía Nines, qué estará pensando. Y tú y yo aquí venga a reírnos. Eso no está nada bien.

—No nos reímos de tía Nines. Nos reímos porque sí.

—Pues no hay que reírse porque sí. Y menos después de pasar lo que ha pasado.

—Ya estás tú con los llorares y con las tristezas. No tengo ganas de llorar, ninguna. Más vale reírse que llorar.

Yo era la mayor y tenía yo que hablar la última. No podía dejar que Violeta me ganara. Era mi obligación sentir lo justo y expresar lo justo. Y dije:

—Se debe de sentir lo que se debe de sentir, Violeta, y quien cuando pasa una desgracia va y se ríe, aunque sea porque sí, es porque no es como es debido. Y si no podemos llorar tampoco nos tenemos que reír, ¡ni porque sí ni porque no!

—Pues si no nos reímos es mejor que nos durmamos —dijo Violeta. Y se quedó dormida, harta de mí, posiblemente. A punto estuve de despertarla y echarle una bronca. Me detuvo la preocupación, ahora muy viva, de no estar entendiendo bien las cosas. ¿Por qué era triste esa desgracia, por qué habían venido las visitas, por qué no éramos nosotras aves de corral, por qué si Indalecio era una persona encantadora que se reía tantísimo, no iban a acompañarle ahora, en el cielo, mucho mejor las risas que las lágrimas?

Aquel día fue fiesta porque cumplía años la madre superiora —nunca se supo cuántos—. La fecha coincidía con el séptimo cumpleaños de mi hermano Fernandito. Fernandito empezaba ya a dominar el arte de dejarse querer, y dejar que los demás se afañen en beneficio propio. Llevábamos una semana hablando del cumpleaños. Tía Lucía había prometido —aparte su regalo— darnos una sorpresa formi-

dable. Fernandito confiaba sinceramente en que tía Lucía se tirase de cabeza al mar desde lo alto del torreón. Eso fue lo que dijo, y yo entendí que había por debajo de la broma la irritación de quien teme verse agasajado y a la vez arrinconado por la excesividad general de tía Lucía. Cuando nos sentamos a desayunar, pensamos que la sorpresa iba a consistir en ver aparecer a tía Lucía en el office a las diez de la mañana, un acontecimiento éste sorprendente hasta el delirio conociendo sus cómodos horarios.

Íbamos por la mitad del desayuno cuando oímos un doble ruido de pasos acercándose. Fuimos a abrir Violeta y yo convencidas de que sería la sorpresa. Y lo fue. La sorpresa iba a ser Tom. De todas las posibles sorpresas, aquélla era la más inadecuada para Fernandito. Tom Bilffinger, el eterno pretendiente de tía Lucía, era capaz, con su sola presencia, de arrinconar, sin proponérselo, a un regimiento entero, por no hablar de un crío de siete años. A los catorce años, yo tenía la impresión de que la estatura de Tom se alzaba muy por encima de los dos metros. Aquel año era la primera vez que le veía en los últimos tres años. Su estatura recordada no menguó en esta ocasión, aunque quizá me fijé más en su cara rojiza y en sus ademanes y el modo de atendernos a todos y sobre todo a tía Lucía. Ninguna persona realmente atenta parece alta a los catorce años. A esa edad, y también después, la estatura va asociada irremediabilmente con el desinterés. Pareció que entraban a la vez los dos en tromba, aun cuando yo, que me quedé la última, observé que la única que entró, se sentó y

se sirvió café con ese estrépito reduplicativo y feroz de los buenos modales fue tía Lucía. Tom sonreía echando la cabeza hacia atrás, inmerso en un estrépito festivo pero no incisivo sino alegre. Tía Lucía dijo:

—¡Pero Fernandito! ¿Qué te parece esta sorpresa que te he traído? Un vuelo de mil kilómetros con una sola escala y no dices tú ni hola.

—Hola —dijo Fernandito, y añadió—: Una persona no es una sorpresa, por lo menos para mí, y como ya he desayunado me subo a hacer la plana...

Y se fue sin más. Me fijé que tía Lucía fruncía el ceño. Tenía intención de tomar muy a mal la salida de tono de su sobrino. Miró a mi madre y dijo secamente:

—Como le consientas impertinencias a los siete, a los veinte te pone de criada para todo. Vas a decir que es un crío insignificante porque es lo que te viene a ti más cómodo ahora mismo. Pero haces mal, y tú sabes que haces mal.

Intervino Tom, afablemente. Dijo a tía Lucía:

—¡Lucía, exagerada! Seguro que tú eras veinte veces más impertinente a su edad... —Y se echó a reír y todos nos echamos a reír con él, olvidados de Fernandito, y como persuadidos mágicamente de que lo único esencial es echar la cabeza hacia atrás y reírse alegremente.

Lo que dijo tía Lucía tras oír esto me pareció incomprendible:

—¡Ajá, de manera que te pones de su parte, de manera que consideras que yo soy impertinente, ¿es eso? ¡Claro que es eso! ¡Si no lo fuera no estarías aquí, *mon petit!* Siempre he sido muy impertinente...